

» bargo, este nombre es inocente y nuestras leyes santas. El
 » pretexto á las violencias de que somos víctimas es la acusa-
 » cion vulgar de ateismo, de incesto y de banquetes inhumana-
 » nos. Si los cristianos estuviesen convencidos de crímenes
 » tales, seria justo exterminar su secta, y lavar con su sangre
 » atentados semejantes, sin perdonar edad, sexo ni condicion.
 » Mas los mismos emperadores son testigos irrecusables de la
 » injusticia de calumnias semejantes, pues que por varios edic-
 » tos han prohibido se hagan pesquisas contra los cristianos;
 » cuando si los crímenes que se nos imputan fuesen verdade-
 » ros, dichas pesquisas debieran practicarse con toda minucio-
 » sidad y severidad. » Pasa en seguida Atenágoras á examinar
 cada cargo, y demuestra la futilidad de algunos y la injusta y
 atroz calumnia de los demás. Concluye con emocion llena de
 calor y elocuencia, respondiéndole á las imposturas de los falsos
 banquetes homicidas de los cristianos. « Nos acusais de esa
 » monstruosidad horrorosa á nosotros que hemos renunciado
 » á vuestros espectáculos de gladiadores y de fieras, porque
 » no vemos diferencia entre aplaudir un asesinato y el come-
 » terlo! Creemos que es gran crimen exponer un niño, como
 » se hace todos los dias, á las puertas de vuestros palacios, en
 » las calles y plazas, y nos acusais de degollarlos bárbaramente
 » para un feroz banquete! Nuestra religion nos manda creer
 » en la resurreccion de los muertos: si esta creencia os parece
 » tan fuera de razon, burlaos de nuestra simplicidad, mas no
 » nos acuseis de hacernos sepulcros vivos de los que han de re-
 » suscitar un dia. »

Parece que el dogma de la resurreccion era objeto de con-
 tinuos ataques de parte de los paganos. El santo apologista,
 que solo habia tocado ligeramente este punto de fe católica al
 fin de su *Legacion*, escribió un tratado especial de la *Resurrec-
 cion de los muertos*, en el cual prueba su posibilidad, contra
 todas las objeciones sacadas de la transformacion de los cuer-
 pos, y su realidad fundada en razones de orden divino, de con-
 veniencia y de justicia.

Se notan en general en estas dos obras de Atenágoras, las

solas que nos quedan suyas, las ideas y racionios de san
 Justino, pero presentados con mas miramiento y mejor estilo.
 Insiste menos sobre la sagrada Escritura, pero mas en la razon.
 No se limita al papel de un acusado que se defiende, sino que
 se hace insensiblemente acusador, y se esfuerza principal-
 mente en mostrar lo que hay de absurdo é impuro en el paga-
 nismo, poniéndolo en paralelo con la doctrina y costumbres de
 los cristianos.

6. Hacia la misma época (178), san Meliton, obispo de Sar-
 das, presentó tambien una apología á los dos emperadores. El
 terremoto que habia arruinado recientemente la ciudad de
 Esmirna, habia atraido contra los cristianos del Asia el furor
 popular, porque á ellos se atribuian todas las desgracias públi-
 cas. « Por virtud de recientes decretos publicados en nuestras
 » provincias, dice san Meliton, los cristianos se hallan expues-
 » tos de tal modo á la persecucion, que jamás la han experi-
 » mentado mayor. Sus calumniadores se valen de las nuevas
 » ordenanzas para despojar abiertamente sus víctimas. Por
 » esta razon suplicamos se tome conocimiento de la conducta
 » de estos acusados, para que conforme á vuestra equidad se
 » juzgue si merecen ó no tratos semejantes. Si entre vuestros
 » antecesores, Neron y Domiciano se vanagloriaban cruel-
 » mente de perseguir á muerte los cristianos, vuestro augusto
 » abuelo Adriano y vuestro padre Antonino han hecho ver su
 » justicia y clemencia respecto de nosotros. Al dirigir nuestras
 » súplicas y votos al pié de vuestro trono, no dudamos encon-
 » trar la misma benevolencia y humanidad. » Este fragmento
 citado por Eusebio es todo lo que nos queda de san Meliton.—
 Claudio Apolinar, obispo de Hierápolis en Frigia, se señaló
 igualmente por su celo en defensa de la religion, en una apo-
 logía presentada al mismo Marco Aurelio. La antigüedad cris-
 tiana ha encomiado mucho la elegancia de su estilo y la eru-
 dicion de sus Cartas sagradas y profanas; pero estos libros
 no han llegado á nuestra época. Lo mismo ha sucedido con
 los de Milciades, contado por Tertuliano en el número de los
 hombres eminentes que habian refutado los errores de Valen-

tin. Compuso, para defensa de la filosofía cristiana de que hacia profesion, una apología notable, dirigida á los *Jefes de este siglo*, esto es, á los gobernadores de las ciudades y provincias, á quienes ponian mas en contacto con los cristianos sus atribuciones especiales.

7. Vivía en la misma época Hermias, célebre escritor muy notable por el nuevo método que empleaba para confundir el paganismo. Hasta entonces los autores cristianos se habian limitado á probar la superioridad de la doctrina evangélica sobre la idolatría, poniendo en claro la hermosa doctrina de Cristo para vindicarla de las calumnias con que se la desfiguraba; pero Hermias tomó otro camino: atacaba el culto de los dioses, haciendo ver su ridiculez y valiéndose del arma de una fina y mordaz ironía. Se le llamó el Luciano cristiano. Su obra intitulada *Los filósofos burlados*, es la mas diestra rechifla que se haya hecho del paganismo. Obra maestra en su género, es muy de notar tanto por su precision y claridad como por su agudeza, gracia y viveza. Pasa en revista á todos los filósofos; cada uno va exponiendo su sistema sobre los dioses, el alma del hombre y los principios de las cosas: lo que un primero dice, otro segundo refuta; el último que habla deja mentirosos á los demás.

Cuantos ingenios cultos y superiores habia entonces en la Iglesia se propusieron probar sólida y sabiamente la divinidad de la religion. San Teófilo, sexto obispo de Antioquía desde san Pedro, publicó tres discursos contra los detractores de la fe cristiana. Los dirigió á Autolico, pagano docto, á quien con paternal solicitud trataba de alumbrar con las santas luces del Evangelio. La naturaleza de Dios, su providencia, el orden del mundo, la creacion del hombre, lo absurdo de la idolatría, la ignorancia de los filósofos y las vanas quimeras de los poetas paganos sobre el origen de los seres, opuestas á la pureza de doctrina y moral cristiana: tales son los asuntos mas notables tratados por el santo obispo. En otra obra emprendió refutar á Hermógenes, hereje que pareció en su tiempo. Hermógenes enseñaba que la materia es eterna. Sus discípulos, de los cuales

el mas célebre fué Seleuco, recibieron de Tertuliano el título de *materiarrii*, y fueron los precursores de los modernos materialistas.

8. No pudieron apagar el fuego de la persecucion los esfuerzos de tantos apologistas. Pero si la Iglesia, diezmada por los tiranos, perdía hijos por el martirio en las diversas provincias del imperio, dilataba, ensanchaba su seno para recibir en su gremio pueblos lejanos, que se sentían misteriosamente atraídos hácia las luces de la fe. Lucio, rey de uno de los pequeños Estados de Inglaterra, envió al papa una embajada solemne, pidiéndole misioneros que enseñasen á sus vasallos la fe y los instruyeran bien en las verdades evangélicas. San Eleuterio acogió gozosamente á los enviados del príncipe: les dió sacerdotes, cuya predicacion tuvo éxito tan feliz, que ya en tiempo de Tertuliano estaba enarbolado el estandarte de la cruz en las regiones mas septentrionales de la Gran Bretaña, inaccesibles hasta entonces á las águilas romanas. Lucio es honrado con culto público el 3 de diciembre.

9. En este tiempo, el emperador Marco Aurelio, despues de haberse empeñado en una guerra contra los Marcomanos de la Panonia (Hungria), acababa de morir (el año 180), dejando el cetro á su hijo Cómodo, de quien se sospechó no sin fundamento de haber contribuido á abreviar la vida de su padre. Las crueldades y estragadas costumbres del nuevo reinado sobrepujaron las de Neron y Domiciano. Cómodo hizo vestir de gigantes y monstruos todos los mendigos y estropeados para matarlos él mismo á porrazos y hacerse dar así el nombre de Hércules romano. Encontrando cierto día á un hombre de extraordinaria estatura, lo rebanó en dos partes por probar su fuerza y gozar del placer de ver derramarse las entrañas á un hombre. Quiso que Roma mudase su nombre en el de *Colonia comodiana*. El incesto y los mas abominables crímenes manchaban el palacio de este loco coronado que acababa de sentarse en el trono del mundo. Por secreta disposicion de la Providencia, Dios permitió dar rienda suelta á las pasiones mas vergonzosas de la humanidad, para que espan-

tada esta de sus propios excesos se echase en brazos de una religion que, sola, habia guardado el secreto de la virtud. Continuó la persecucion durante los dos primeros años posteriores á la muerte de Marco Aurelio: cesó por influencia tal vez de Marcia, á quien habia otorgado Cómodo los honores de imperatriz, y que estaba dispuesta muy favorablemente respecto de los cristianos.

10. La calma inesperada despues de tan largas borrascas dió lugar á gran número de conversiones. En Roma muchos personajes de alta categoría abrazaron la fe cristiana con todas sus familias. Un senador, ilustre en letras y filosofía, llamado Apolonio, fué de este número: le delató como cristiano uno de sus esclavos al tribunal de Perenne, prefecto del pretorio. Se acababan de poner en vigor las ordenanzas que prohibian acusar á los cristianos bajo pena de incurrir en el castigo de los calumniadores; y en su consecuencia Perenne hizo poner en cruz al esclavo y quebrarle las piernas. Pero por una extraña contradiccion mandó en seguida que viniese Apolinio á justificarse ante el senado y se sincerase de su conducta. Apolonio compuso pues una apología sólida y elocuente, en la cual confesaba lisa y llanamente la religion cristiana y la vindicaba de las acusaciones de que era objeto. Leyó su discurso ante el senado reunido, pero selló muy pronto con su sangre su valerosa confesion de la fe; porque, segun el edicto de Trajano que aun conservaba fuerza de ley, un cristiano citado como tal ante un tribunal no podia ser absuelto si no apostataba. Un decreto de los senadores, sus cólegas, condenó pues á Apolonio á ser decapitado, como se verificó en el año 189.

11. No tenemos noticia de otros mártires que hayan padecido la muerte bajo Cómodo; pero si los fieles tuvieron paz de parte de los idólatras, no fué así de la de los herejes. Teodocion, natural ú oriundo de Éfeso, primero, discípulo de Taciano, luego marcionita y en fin judío, emprendió traducir las santas Escrituras del hebreo al griego. Se propuso debilitar los pasajes de las profecías que hablan de la divinidad del Mesías: mas á pesar de su dañina intencion, no pudo alterar

notablemente las sagradas fuentes, y su version vino á ser una nueva arma en favor de la verdad evangélica en manos de los Padres de la Iglesia. San Ireneo hace ya mencion de esta obra en su *Tratado contra las herejías*. Este santo obispo de Leon, á su regreso y vuelta en medio de su rebaño en donde tantos daños causara la persecucion, halló las iglesias de la Galia Céltica inficionadas de los errores de los Marcosianos. Los prestigios y sacrílegas imposturas de estos herejes habian logrado seducir á los flacos: porque permitian á sus adeptos los excesos mas monstruosos bajo el pretexto de impecabilidad, comun á todas las sectas gnósticas. Ireneo emprendió combatir á los falsos doctores, y por la naturaleza de su trabajo se vió llevado como por la mano á componer una completa refutacion de todo el sistema valentiniano. Para el acierto en semejante obra, era menester reunir un profundo conocimiento de la Escritura, rara penetracion de espíritu, y estudios especiales sobre los sistemas de filosofía griega y oriental. San Ireneo, formado por san Policarpo, habia sacado de sus lecciones la doctrina y tradiciones apostólicas en toda su pureza. Jóven aun, se habia familiarizado ya con la lectura de los poetas y filósofos profanos, como lo prueban las citas frecuentes que hace de sus máximas. Finalmente leyó muy detenidamente los escritos de Valentin y sus discípulos. Preparado con todos estos trabajos para la obra que tenia premeditada, puso en fin la última mano á su inmortal obra *Adversus hæreses*. Escribió en griego, su lengua nativa; pero solo nos quedan del texto original un corto número de fragmentos conservados por Eusebio. La obra que ha llegado hasta nosotros solo es la traduccion latina, hecha probablemente en vida del mismo san Ireneo, para uso de su pueblo y de las iglesias de las Galias. Se divide en cinco libros. El primero está consagrado á la exposicion de las herejías gnósticas, recapituladas todas en el valentinianismo. Considerando este sistema como la última expresion de la *Gnosia*, lo hace centro de toda su polémica. En el segundo, se propone rebatir todos estos errores con las armas del sentido comun y de sana lógica:

hace resaltar sobre todo la ridiculez é incoherencia de dichos errores, y les opone argumentos de la sana razon. En el libro tercero los refuta con la tradicion, las sagradas Escrituras y el texto de los cuatro Evangelios. Continúa esta misma polémica en los libros cuarto y quinto, en los cuales cita además las Epístolas de los Apóstoles, que de intento habia reservado para el fin. El argumento principal que sirve de fundamento á las pruebas de san Ireneo es la tradicion, cuya existencia prueba, como tambien su carácter y su autoridad sagrada en la Iglesia. No pudiendo seguirla en la sucesion de todos los obispos de cada silla, se limita á invocar la tradicion de la Iglesia romana, la mayor y mas venerable (1). « Es una necesidad, dice, para los fieles de todos los países, por causa de su eminente primacia, conformarse con la doctrina de la Iglesia de Roma, que ha conservado siempre la tradicion verdadera de los Apóstoles. » Los herejes, al contrario, hombres nuevos, no tienen raíz en lo pasado. Datan todos de un jefe cuyo nombre han tomado con su doctrina: en ellos no hay sucesion de autoridad, de doctrina, de apostolado: el capricho de un orgulloso es su ley, su origen. El argumento de la tradicion, que no han cesado de emplear los santos Padres en sus controversias, tenia particular fuerza y energía en la pluma de un escritor que entre él y los Apóstoles non contaba otro mediador que un ilustre mártir (san Policarpo), obispo de Esmirna. Nada hay mas sentimental que el modo con que san Ireneo habla de su antiguo maestro en una carta á Florino, sacerdote, que habia tenido la desgracia de caer en el lazo de los herejes. « Siendo aun jovencito, dice el ilustre obispo, yo os he visto en el Asia menor, en casa de Policarpo, en tiempo que, viviendo vos mismo en la corte del emperador, veniais á ver á este santo obispo y procurabais lograr su estima. La memoria de la infancia crece con la inteligencia

(1) « Ad hanc enim Ecclesiam, propter potiorem principalitatem, necesse est omnem convenire Ecclesiam, hoc est, eos qui sunt undique fideles, in qua semper ab his qui sunt undique, conservata est ea quæ est ab Apostolis traditio. » (*Adversus hereses*, lib. III, cap. 3, n. 2.)

» y se confunde con ella, por manera que pudiera indicaros
 » yo el lugar donde se sentaba el bienaventurado Policarpo,
 » cuando hablaba, sus modales, su manera de andar y de
 » vivir, los discursos que predicaba al pueblo. Él nos decia
 » cómo habia vivido con san Juan, y con los demás que habian
 » visto á Jesucristo. Nos contaba las instrucciones y cosas que
 » les habia oido exponer y decir tocante al Señor, sus milagros y doctrina. Entonces me hacia Dios la gracia de escuchar sus discursos con la mayor atencion, y de grabarlos en mi corazon. » Así es como, tocando al siglo apostólico, combatia san Ireneo las novedades mentirosas de su tiempo, apoyado en la tradicion y enseñanzas que habia recibido.

12. El ilustre obispo de Leon no concluyó su obra en el pontificado de san Eleuterio. Este papa murió el año 186, honrado con el título de mártir que le da el martirologio romano. Renovó, dice el *Libro pontifical*, la prohibicion de mirar como impuro ningun alimento ordinario y propio á la manutencion del hombre (1). Esta ordenanza se hizo necesaria por las abstinencias exageradas y supersticiosas de los Encratitas y Montanistas. Sucedió á san Eleuterio Víctor I, africano (186).

(1) « Et hoc iterum firmavit, ut nulla esca usualis à christianis repudiaretur, maxime fidelibus, quam Deus creavit, quæ tamen rationalis et humana esset. »